

U.A.N.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

10

LIBRARY



LIBRARY

LIBRARY  
OF  
THE  
GRAND  
DUKE  
OF  
SAXONY  
WEIMAR

LIBRARY



LIBRARY

1873

LIBRARY



F1233  
A5  
G9

105 170

LIBRARY

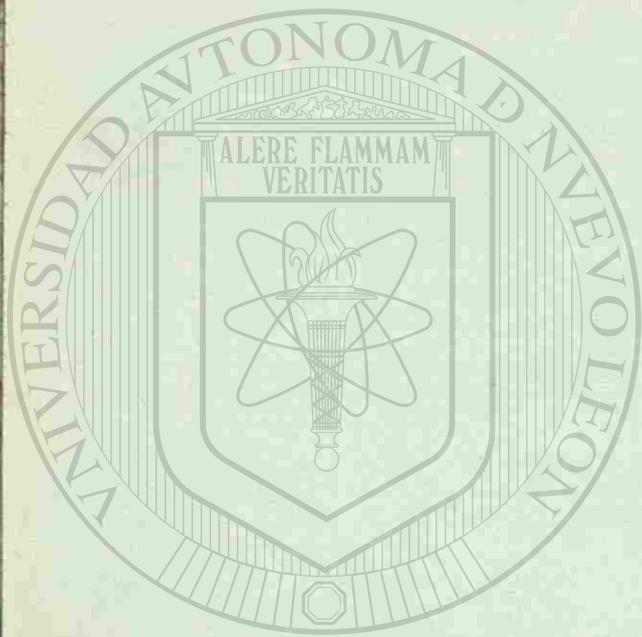


1020003029



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

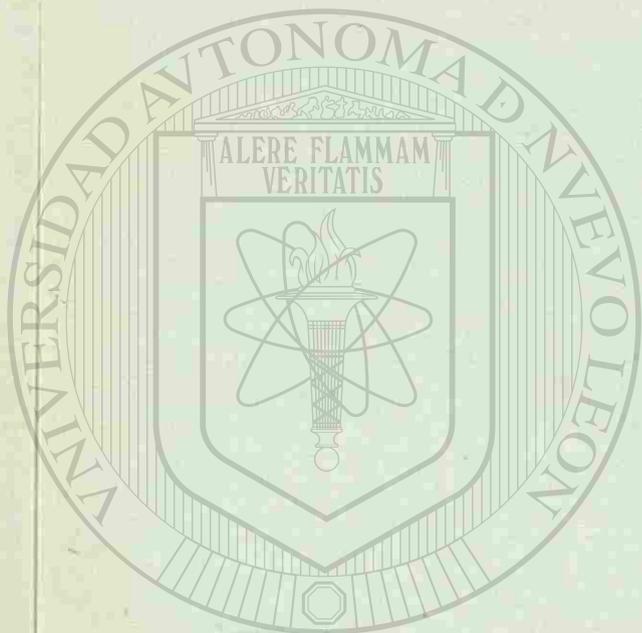
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

105170



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIJERA RESEÑA

QUE HACE

EL C. JUAN E. GUERRA

DE LOS ACONTECIMIENTOS

QUE TUVIERON LUGAR EN LOS ESTADOS DEL NORTE

DURANTE LA ÚLTIMA REVOLUCIÓN

MEXICO  
IMPRESA EN EL EX-SEMINARIO

1873

*A Sr. Manuel...*  
*A. M...*

APUNTES HISTORICOS

LIJERA RESEÑA ✓

QUE HACE

EL C. GENERAL JUAN E. GUERRA ✓

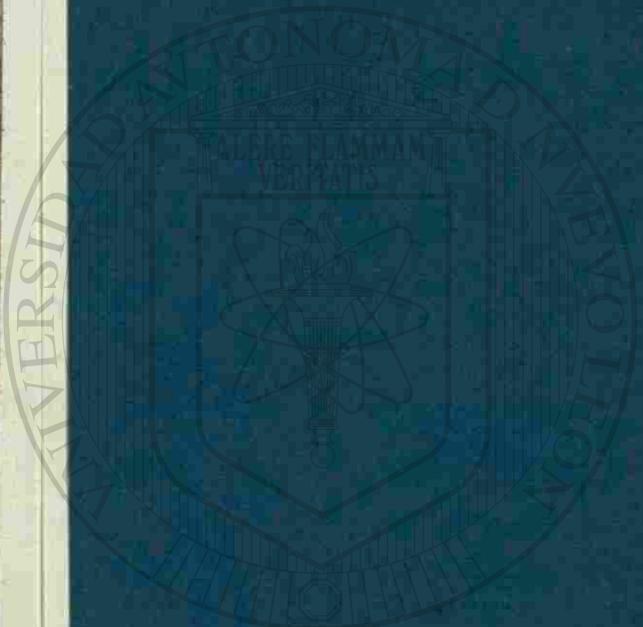
DE LOS ACONTECIMIENTOS

QUE TUVIERON LUGAR EN LOS ESTADOS DEL NORTE

DURANTE LA ULTIMA REVOLUCION

Iniciada en Monterey en Setiembre de 71  
y concluida en Chihuahua  
en Octubre de 72.

*light*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO ✓

IMPRESA EN EL EX-SEMINARIO ✓

1873.

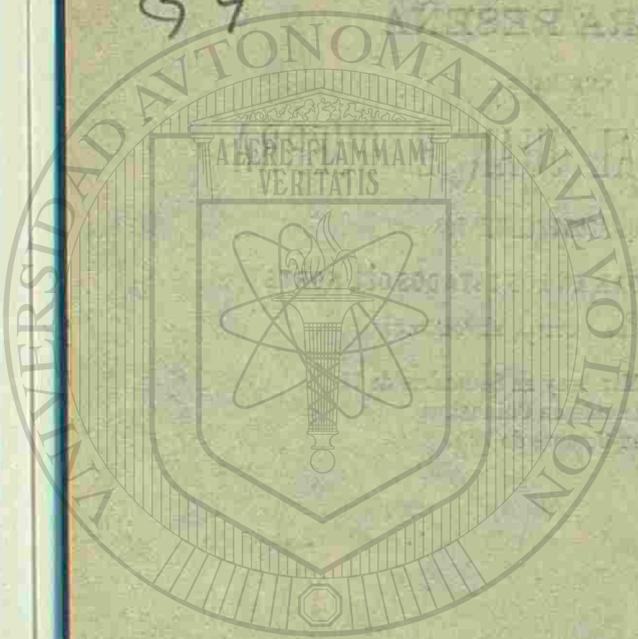


IMPRESA EN EL EX-SEMINARIO

F1233

. 5

99



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

## APUNTES HISTORICOS.

**U**REO prestar un servicio á la verdad histórica de mi país, haciendo el relato de los hechos en que fui testigo ó actor, durante la revolucion última. Generalmente sucesos importantes quedan envueltos en la oscuridad de los tiempos por falta de narradores, y es el motivo porque aparecen con frecuencia reputaciones usurpadas, ó se desnaturaliza con el trascurso de los años, la exactitud de los acontecimientos. Estas consideraciones me han impulsado á escribir estos apuntes, que acaso podrán servir de algo mas tarde á los hombres ilustrados que se ocupen de escribir la historia de México. Con ese fin, he procurado revestirme de toda la serenidad de un narrador imparcial para que nunca llegue á tachárseme de falso ó de apasionado. Mi language, pues, destituido de toda cultura y de toda elegancia, no tendrá mas mérito que el de la sinceridad.

Sofocada la revolucion que estalló el año de 1870 en los Estados de San Luis y Zacatecas, por causas que son bien conocidas á la nacion entera, el pueblo mexicano esperó verse libre de la administracion despótica que lo regia, en las nuevas elecciones de presidente y otros funcionarios que entonces estaban próximas; pero muy pronto quedó desvanecida esta esperanza, cuando se vió que el cohecho y el soborno estaban convirtiendo en un fraude la pureza del sufragio. Entonces no quedó otro camino abierto á las aspiraciones públicas que el derecho de insurreccion, derecho que no puede negarse á los pueblos cuando son oprimidos y cuando no les queda recurso alguno legal, para librarse de la opresion.

La revolucion moral estaba ya hecha desde que la prensa independiente, dió cuenta con los innumerables abusos que se cometieron por el elemento oficial para asegurar la reeleccion de D. Benito Juarez, y solo faltaba que los caudillos comprometidos para obrar en el terreno de las armas, dieran la señal convenida para que comenzara la lucha con el poder militar del gobierno, lucha que de tiempo atrás se estaba esperando, y para la cual ambos contendientes estuvieron acumulando en silencio sus elementos.

La corrupcion que habia extendido su pérfido influjo en las regiones del poder general, se habia extendido á los gobiernos locales, tomando un desarrollo que verdaderamente espantaba.

Hé aquí lo que pasaba en esas circunstancias en el Estado de Nuevo Leon.

El Gral. Treviño habia renunciado oficialmente su

candidatura; pero muy pronto se vió que esto era una farsa ridícula, y que sus partidarios trabajaban mas que nunca por su reeleccion: esto y el escamoteo practicado por sus diputados favoritos en el cómputo de los votos emitidos, dió á conocer claramente los torpes manejos de Treviño. Si la renuncia de su candidatura hubiera sido leal y franca, habria tambien renunciado su nombramiento.

Verificadas las elecciones de gobernador bajo auspicios que nada favorable ofrecian al ejercicio del voto libre, una mayoría de la legislatura, ignorante ó ganada por el ejecutivo, hacia la declaracion de que la mayoría absoluta de 21000 votos, eran 5000 y pico que habia obtenido el General D. Gerónimo Treviño.

Once mil que se dieron al Sr. Lic. D. Simon de la Garza y Melo, fueron declarados nulos, los 10000 restantes se repartieron entre varios, y de estos se declaró que 5000 y pico, ¡formaban la mayoría absoluta! Se imponia como gobernador á Treviño contra la voluntad de mas de 11000 votantes que formaban la verdadera mayoría absoluta, ¡escándalo afrentoso para sus autores!

Ante semejante golpe de audacia y de desvergüenza, el Estado se conmovió, y en un instante se hubiera lanzado del poder al General Treviño en medio del ridículo: todo estaba preparado para ello; pero en esos momentos se presentaron los comisionados del Sr. General D. Porfirio Diaz, llevando por objeto impedir que un movimiento local estallara y hacer que se amalgamaran los elementos todos del Estado, para concurrir á la lucha general y ya fué indispensable ceder ante esas

elevadas consideraciones. Así fué como el General D. Pedro Martínez y otros gefes, hicieron abstraccion de la cuestion local, deponiendo sus iras ante la magestad de otra causa que iba á producir la regeneracion de la República.

Por lo que respecta á Treviño, se encontraba en la alternativa de caer entre la rechifla de todo el Estado, ó aceptar la revolucion para desempeñar en ella un papel importante, que podria abrirle paso á la Presidencia de la República, segun el sentir de sus pocos aduladores. La eleccion no pudo ser dudosa: se decidió á ser revolucionario, aunque manifestando desde sus primeros pasos, tibieza, vacilacion y miedo.

El General Treviño hizo pues su pronunciamiento el 27 de Setiembre de 1871, pero lo verificó de la manera mas torpe.

Las oficinas federales tenian suficientes fondos, y los empleados se burlaban de Treviño ocultándolos, y escapándose ellos; Coahuila estaba enteramente desprevenido y no se tuvo la precaucion de apoderarse de su capital, única que defendia á Cepeda su gobernador, pudiendo haberlo hecho fácilmente.

No habia tropas ni se habia tenido cuidado de hacer un llamamiento al patriotismo de los pueblos.

No habia pertrechos de guerra, ni se pensaba en adquirirlos.

No se tuvo siquiera el cuidado de cortar el alambre telegráfico, y el ministro de la guerra tuvo el mismo día la noticia del pronunciamiento.

Entonces se apresuraron las marchas del Gral. D. Florentino Carrillo, que avanzaba al frente de una fuer-

te columna, con la cual sobraba para sofocar la naciente revolucion.

Entonces los Generales Treviño y Martínez acordaron redoblar sus esfuerzos para ver si era posible batir esas fuerzas en el camino, y fijaron el día en que debian hacerlo combinando sus movimientos.

El activo Gral. Martínez con las pocas fuerzas que tenia disponibles, se movió rápidamente de Galeana, y marchando día y noche, logró colocarse oportunamente entre la plaza del Saltillo, y el enemigo que avanzaba en número de 700 infantes y 150 caballos. El Gral. Martínez, á pesar de su actividad, no pudo presentar en el lugar del combate mas que 200 hombres escasos; (el Gral. Hernandez con otros 150 le seguia á una jornada y no pudo tomar parte en él,) pero contaba con que el Gral. Treviño atacaria al enemigo por un flanco, y no vaciló en provocar una lucha que era completamente desigual.

En efecto, se empeñó el combate, lográndose desorganizar á la columna enemiga: cien dragones mas lanzados en ese instante hubieran consumado la derrota; pero nadie se presentó á auxiliarnos en momentos tan solemnes, y solo observamos en todo ese tiempo, que á la izquierda nuestra y detrás de unas lomas se encontraban grupos de gente armada, con los cuales creiamos se nos queria formar una emboscada, pues no podiamos creer que siendo fuerzas nuestras permanecieran en tal impasibilidad. Estuvimos en un error. Era el Gral. Treviño en persona, al frente de 200 caballos de carga que allí se encontraba, presenciando friamente el combate, sin que despues haya explicado los mo-

tivos que tuvo para no tomar en él parte alguna. ¿Nos creía aún sus enemigos y deseaba que fuéramos destruidos? ¿qué se propuso? no lo he sabido jamás.

Al fin despues de tres horas de nutrido fuego, de varias cargas sin resultado, fué herido el General Martinez, y nuestras fuerzas dejaron el camino libre al enemigo que aprovechó en el acto la coyuntura, sin intentar nada contra nosotros.

El punto donde tuvo lugar este combate el dia 4 de Octubre, tiene por nombre, La Encantada. Las pérdidas de uno y otro lado fueron de poca consideracion.

Herido el Gral. Martinez, se me encomendó el mando de las fuerzas, y recibí orden de marchar con ellas á San Gregorio, para incorporarme al cuartel general del Sr. Treviño, quien iba á emprender operaciones sobre la plaza del Saltillo. Me puse en marcha en efecto, y el dia 10 fuí situado en el rancho de Ojuelos, distante tres leguas del Cuartel general, y cuatro del Saltillo.

El dia 14 el General en gefe mandó mover todas las fuerzas para atacar la plaza, y al abocarme con él me manifestó que tenia inteligencias dentro de ella, pero no me mostró los elementos necesarios para su ataque, ni siquiera el plano de la ciudad que iba á ser atacada, ni menos demostraba tener conocimiento de cual era la línea de defensa del enemigo: era pues preciso marchar al acaso. No obstante todo esto, nos aproximamos y á las tres de la tarde se rompieron los fuegos: mas ¡cual fué nuestra sorpresa al ver que la artillería de montaña, sistema antiguo que habia en la plaza, tenia mas alcance que la rayada de batalla nuestra! No era esto todo, los cañones de montaña nuestros, arrojaban los

proyectiles á seis ú ocho varas de distancia solamente, hiriendo al estallar á nuestros propios soldados en vez de hacer algun mal al enemigo. ¿Qué fué lo que hubo en esto? ¡Ignorancia! decían unos, ¡Traicion! clamaban otros. Lo cierto es que la pólvora habia sido construida en Monterey, que no habia sido probada, que tenia pésima calidad y que no se hicieron las averiguaciones que el caso demandaba para descubrirse la verdad.

Agreguemos á este fracaso la circunstancia de que una hora despues de comenzado el fuego ya no habia, parque de fusil y se comprenderá lo difícil de nuestra situacion. . . . Teniamos que escoger entre el ridiculo de una retirada, ó la derrota, pues ya no nos quedaba mas parque que el poco que tenian en las cartucheras dos cuerpos que no habian tomado parte en la accion. Esperamos que vinieran las sombras de la noche y sin que las inteligencias con la plaza llegaran á manifestarse, fué preciso retirarnos.

Al dia siguiente el general Treviño se volvia á sus antiguas posiciones, y yo emprendia mi marcha para Galeana con el fin de aumentar la fuerza y estar listo para emprender nuevas operaciones. Recibí despues orden del General Martinez para que me situara en la Hacienda de Potosí.

Inteligencias aun con la plaza del Saltillo, segun dijo el General en Gefe, lo impulsaron á emprender otro ataque y me ordenó que marchara á ese punto. A una jornada de distancia me sucedió una cosa curiosa: recibí dos órdenes, escritas ambas, completamente contradictorias. En una se me ordenaba por

el General Martinez que hiciera jornada á la Hacienda del Huachichile: en la otra el General Treviño me prevenia que ese mismo dia estuviera en Palomas para operar al dia siguiente sobre el Saltillo, forzando la jornada si era preciso. Me pareció que debia obedecer esta última, como mas apremiante y de mayor responsabilidad, dando cuenta al Gral. Martinez, quien venia ya en marcha de Galeana urgido por Treviño, sin esperar á que su herida cicatrizara. El objeto con que se llamaba al General Martinez era con el de encomendarle una columna de infantería y caballería para atacar á Guichioni que con 300 caballos y tres piezas de artillería se dirijia al Saltillo en auxilio de la plaza. Con aquel fin tambien, el General Treviño destacó al coronel Charles con 200 dragones que debian incorporarse á mis fuerzas y obrar á las órdenes del General Martinez. Es decir, el General en jefe el mismo dia y casi á la misma hora habia dispuesto que mi columna avanzara sobre el Saltillo y que retrocediera para que el General Martinez atacara con ella á Guichioni. ¿No era esto meter la confusion entre nosotros mismos? Pues hubo mas: el coronel Charles y yo estuvimos á punto de rompernos el fuego, porque no se nos dió aviso de que teniamos que encontrarnos y por de pronto nos creimos fuerzas enemigas.

La noticia de la aproximacion de Guichioni era falsa, y no teniendo objeto la órden relativa, pudimos verificar nuestra marcha á Palomas, rindiendo la jornada á las once de la noche, á donde dos ó tres horas despues llegó tambien el general Martinez con el Lic. Ireneo Paz y otras personas, lo cual contribuyó á que el

ataque quedase diferido para cuando se acumularan los elementos indispensables.

En pocos dias se reunieron mas fuerzas, y la asiduidad del general Martinez que habia establecido en Galeana una pequeña Maestranza, nos proporcionó un poco mas de parque, al menos para acudir á cualquiera emergencia.

En este tiempo, Cortina, General del gobierno, invadia el Estado de Nuevo Leon, y esto nos obligó á retirarnos por segunda vez de la plaza del Saltillo, para que Treviño con algunas fuerzas de caballería, pudiera desprenderse en su persecucion.

El General Quiroga, que estaba de acuerdo con nosotros en el movimiento local contra Treviño, permanecia en Laredo (Texas) en la inaccion, porque entre él y Treviño existia una enemistad mortal. Este habia dicho en un documento oficial que aquel era ladron, incendiario, asesino y dos veces traidor. No obstante eso, varios amigos hicimos esfuerzos porque desaparecieran tales divisiones, y al fin logramos que Quiroga fuera autorizado para venirse de este lado del rio á organizar fuerzas. El se prestó de buena voluntad y desde luego contribuyó con buen armamento y parque que tenia en depósito.

El General Quiroga no solo se ocupó de organizar fuerzas violentamente, sino que empleando su ascendiente sobre Cortina, arregló con él que mantuviera cierta neutralidad mientras se ocupaba el Saltillo y que una vez verificado este hecho, él tambien tomara parte en la revolucion.

En estos dias hubo un descuido lamentable: se dejó

que Guichioni entrara al Saltillo con su fuerza, sin embargo de que el General Martínez y yo hicimos grandes esfuerzos con Treviño, aunque en vano, á fin de que nos diera una columna para batir con buen éxito á un enemigo desmoralizado, que hacia marchas ocultas para no encontrarse con nosotros.

Al Poco despues nos acercamos al Saltillo y establecimos el sitio de una manera formal. El General Treviño puso su cuartel general fuera de los tiros de la plaza, y los Generales Martínez, Naranjo y yo, fuimos encargados de formar la línea de circunvalacion.

La lección que habíamos recibido el 14 de Octubre no produjo fruto alguno, pues nos encontramos otra vez con la mala calidad de la pólvora, y con tal escasez de parque, que llegamos á estar tres dias sin un solo cartucho. Por otra parte, el General en jefe, esto es, el que era reconocido como tal por el momento, el General Treviño, estaba entregado generalmente al sueño ó á las libaciones del Champagne, y esto no era de seguro el medio de impulsar las operaciones de un sitio que se iba ya eternizando.

Por fin llegó á reforzarnos el general Quiroga con su brigada, y con esto formábamos cerca de 3,000 hombres contra 2,000 y tantos que defendian la plaza. No podíamos ya disponer de mas elementos ni perder el tiempo en estériles combates que aisladamente tenían lugar todos los dias; pero aguijoneado el general Treviño por todos los gefes, dispuso que se atacase por el general Quiroga el fuerte llamado de los Americanos, el cual débilmente defendido por guardias nacionales, fué tomado al amanecer del 4 de Diciembre. En-

tonces, aprovechando el momento oportuno, avancé mi línea, contra órden expresa del general en jefe, que no parecía sino que queria prolongar esa situacion indefinidamente. El enemigo entonces cargó todas sus reservas sobre las posiciones que le habia quitado, pero logré rechazarlo, haciéndole mas de 200 prisioneros y quitándole una pieza de artillería, quedando ademas cortada por completo su línea de defensa. Hubo combates terribles dentro de las manzanas y casas que nos disputábamos, y pérdidas considerables de una y otra parte, pero aunque mis fuerzas estaban diezgadas quedaron dueñas de las posiciones tomadas, sin que las reservas del enemigo las hicieran retroceder nn palmo de terreno.

En estas operaciones se habia perdido toda la mañana. El general Quiroga, con lo mejor de nuestra infantería, habia permanecido en el fuerte de los Americanos sin órden de avanzar: el enemigo estaba desmoralizado enteramente, no faltaba mas sino que el general en jefe ordenara la ocupacion de la plaza.

A las dos de la tarde, y cuando las fuerzas á mis inmediatas órdenes se encontraban reorganizadas para emprender nueva carga, el general Martínez mandó varios ayudantes al cuartel general participando lo que sucedia. Los ayudantes volvieron diciendo que el general en jefe dormia. Entonces se le mandó una carta llamándolo á la línea para que palpara el desórden del enemigo, con instrucciones de que se le despertara por exigirle el servicio. En efecto, se le despertó y acudió al llamamiento que se le hacia, pero dijo que no teniendo ya parque de cañon, no podia continuar el ata-

que, y ordenó se tocara parlamento para intimar rendición á la plaza. Por casualidad, en ese instante los sitiados se anticipaban á dar el toque que fué en el acto contestado por nuestros clarines, y en seguida se me presentó el teniente coronel S. Rivera como enviado del general Carrillo, siguiendo despues el convenio que nos puso en posesion de la plaza el siguiente dia. Así fué como los sitiados tuvieron tiempo de ocultar sus mejores armas, y el general juarista Zepeda de llevarse mas de 200 caballos casi á nuestra vista.

En el tiempo que habian durado las operaciones del Saltillo, habian tenido lugar acontecimientos de importancia. El C. coronel Ignacio Martinez se habia pronunciado en Charcas y se le habian unido como 600 hombres del gobierno; el C. general Donato Guerra habia derrotado en Avilés, Estado de Durango, al general juarista Tolentino, y el C. general Porfirio Diaz habia desnudado su espada en Oaxaca. Fuera de esto, habian estallado movimientos de mas ó menos importancia en Jalisco, Sinaloa, Michoacan, Veraeruz, Puebla, etc., etc. Todo esto tenia absorbida la atencion del gobierno, dejando la plaza de San Luis Potosí casi sola. Con la ocupacion del Saltillo quedaba aquella plaza materialmente en nuestro poder, con solo que el general Treviño hubiera mandado luego una expedicion á las órdenes de cualquier gefe.

Lejos de eso, perdimos quince dias en el Saltillo sin hacer absolutamente nada.

El general Martinez, por deferencia, y mas que todo, por no poner estorbos á las operaciones militares, consintió en adherir las fuerzas que él habia organizado,

equipado y armado, á las que se llamaban Ejército del Norte, mandadas por Treviño, y recibiendo aquellas el nombre de 1ª division. La 2ª fué mandada por Naranjo, y se formaron, ademas, otras brigadas independientes mandadas por Quiroga, Falcon y Laing, perdiéndose el tiempo en hacer estas denominaciones.

Por fin salió del Saltillo la 1ª division del Ejército del Norte, compuesta de 800 hombres de las tres armas, la cual se puso á mis órdenes accidentalmente por ausencia del general Martinez. Y á la verdad que hubiera bastado esta fuerza para tomar á San Luis, si hubiera ido municionada; pero por todos elementos de guerra llevaba 8,000 tiros de fusil y veinte de cañon.... ¿Era posible atacar plaza alguna con semejantes pertrechos?

Cuando llegué con la division á Matehuala, ya se encontraba en ese punto el general Martinez con la brigada de San Luis que se formó con las fuerzas de este Estado. En el acto tomó el mando de toda la columna y se estableció fábrica de pólvora, fundicion, etc., etc, con el fin de proporcionarnos los elementos de guerra que el general Treviño nos negaba y estar listos cuanto antes para entrar en campaña; pero por mas actividad que se desplegara, el gobierno general tenia elementos sobrados, puso su atencion en la defensa de San Luis y en poco tiempo se tuvieron aprestos de resistencia formidables. Se fortificó la plaza, se abasteció de provisiones de boca y guerra y se pusieron 3,000 hombres sobre las armas..... ¿qué podiamos hacer con nuestra columna por mas que tuviéramos fé en su arrojo y en su disciplina?

El coronel Narvaez se había sublevado desde hacia tiempo en los distritos de Oriente de San Luis, pero sin mezclarse de una manera clara en la cuestión general, trataba de erigir un nuevo Estado llamado de Moctezuma: á esto tendian sus esfuerzos y manifestaba que obedecería solo al general Treviño. Este, por su parte, lo estaba auxiliando de una manera resuelta, mandándole artillería, parque y fusiles, con el torcido fin de establecer en San Luis un poder que hiciera contrapeso á la 1.<sup>a</sup> division. Fortificando esa mira innoble, sin dar aviso al general Martínez, mandó al Sr. Lic. D. Carlos Díez Gutiérrez de gobernador y comandante militar de San Luis. Esto entorpecía visiblemente las operaciones militares, y los gefes y oficiales representamos respetuosamente al general en jefe, manifestándole los graves inconvenientes que resultaban con esos manejos solapados que solo tendian á desunirnos.

Nuestro razonamiento fué tan severo y tan concluyente, encareciendo lo antipolítico que era ocuparse de esto en tales circunstancias, agregando el que nadie tenía derecho para dar un paso semejante, que nunca llegaron á tener contestacion nuestras observaciones y que el mismo Díez Gutiérrez empeñó su palabra de hacer renuncia de su encargo.

Fuera de todo esto, el general Treviño permanecía en una inaccion desesperante. El telégrafo le llevaba todos los dias mensajes, manifestándole la situacion é instándole á que se moviera, sin que se obtuviera mas contestacion que un silencio absoluto. En cambio, cuantos venian de Monterey nos referian que Treviño

estaba entregado á vanos placeres y á entretenimientos pueriles.

En esos dias una fuerza enemiga se situó en la hacienda de Bocas al mando de Guichioni, que despues de la capitulacion del Saltillo estaba sirviendo al gobierno, y bastó que las guerrillas la hostilizaran para que se desbandara casi por completo. Entonces se mandó al general V. Zepeda con nuevas fuerzas mejor organizadas. Esto era provocarnos á un combate y el general Martínez con su acostumbrada actividad, se propuso dar un golpe al enemigo; pero necesitaba el concurso de Narvaez para obtener un triunfo seguro y se puso en contacto con este gefe, quien le manifestó la mejor disposicion, pero á la vez le mandó al coronel Martel para que le explicara de su parte que tenía instrucciones del general Treviño para no entrar en movimientos combinados con la division que mandaba Martínez.

No obstante, se hizo el movimiento proyectado para atacar á Zepeda, contando con la promesa de los Sres. D. Juan M. Silva, D. Benigno Arriaga, y Lic. Carlos Díez Gutiérrez, que habian ido á ver á Narvaez para interponer su influencia con él, y decidirlo á prestar su concurso. Lo único que se queria de éste, era que en una hora dada, cortara la retirada al enemigo. Pues ni esto se pudo conseguir.

Nos encontrábamos en esta inmovilidad desesperante, olvidados completamente del general Treviño, cuando se recibió una invitacion del general Donato Guerra para atacar en combinacion al general juarista Neri que ocupaba con 3,000 hombres la plaza de Zacate-

cas; pero surgía para esto la dificultad de que no teníamos órdenes para nada de aquel que reconocíamos como general en jefe. Entonces, con el carácter que yo tenía de segundo en jefe de la división, promoví una junta de jefes y oficiales, y habiéndoles manifestado lo que pasaba, convenimos todos en firmar el documento, que para salvar la situación puso en manos de Martínez el mando en jefe de estas fuerzas. (1)

El general Martínez aceptó este nombramiento que emanaba del voto libre de sus subalternos, y que por lo mismo, reconocía un origen menos bastardo que el del general Treviño, el cual por sí y ante sí, se había denominado jefe del ejército del Norte, con facultades que no tenía ni el mismo caudillo de la revolución. Esto dió márgen á que se le supusieran tendencias á ocupar un puesto bastante elevado, pues ya se le veía nombrar gobernadores á los Estados y autoridades federales, ó ya formulaba pomposos decretos, cerrando algunos puertos de la República al comercio de altura y cabotaje. Ningun jefe se atrevió á tanto durante la revolución.

Llamaba la atención otra particularidad insignificante en la apariencia, pero que no dejaba de imprimir carácter al general en jefe del ejército del Norte. Ya no firmaba él sus notas oficiales, sino sus secretarios *de hacienda y guerra*, cuyos puestos estaban encomendados á los Sres. Lic. Villareal y Dr. M. Fernandez.

Una vez libre el general Martínez de las trabas que lo encadenaban, pudo dar seguridades al general D.

1 Véase al fin, el documento número 1.

Guerra, de que concurriría con él á las operaciones de Zacatecas, y con el fin de hacérselo saber, se puso en marcha desde luego el Sr. D. Trinidad García; en seguida hicimos nuestro movimiento, ocultándolo perfectamente al enemigo, lo cual se consiguió dejando una fuerza de caballería que lo siguiera hostilizando.

Sobre la marcha, se nos incorporó el general García de la Cadena con sus fuerzas, y cuando llegamos al Bordo distante como ocho leguas de Zacatecas, recibió el general el aviso de que Neri empezaba á batirse con el general D. Guerra en Mata-pulgas, como á tres ó cuatro leguas de nosotros. En el acto, se organizó una columna de caballería á las órdenes del general D. Trinidad García de la Cadena, la cual salió violentamente, y en seguida, el resto de la División organizada en columnas de ataque.

Casi toda nuestra marcha la hicimos al paso veloz, lo cual nos permitió llegar oportunamente para impedir que el general Guerra fuera derrotado.

Cuando se escribió el parte de esa jornada, se cometió un error ó una inconsecuencia, estimando en poco el auxilio prestado por la División del Centro, porque no es cierto que la columna de caballería hubiera llegado cuando ya estaba todo concluido, ni es cierto que el combate se hubiera decidido á favor del general Guerra por sus solos esfuerzos: entonces nada pudo aclararse, porque los que estaban al tanto de todo, no querían herir susceptibilidades, pero ahora se puede decir la verdad desnuda.

El general García de la Cadena, que tuvo la abnegación de ponerse á las órdenes del general Guerra, olvi-

dando que éste había mandado fusilar á su hermano en la revolucion pasada, contribuyó mucho al triunfo obtenido en Mata-pulgas. La victoria estaba aún indecisa, cuando se presentó con su columna de caballería el general García de la Cadena, cargando al enemigo por su derecha. Inmediatamente éste formó cuadro con sus cuerpos de infantería á la falda de un cerro, mas entonces se apercibió tambien de que el ejército del Centro, avanzaba por la llanura, encontrándose ya á tiro de cañon y ésto, como era natural, desmoralizó á la tropa é hizo que se desbandara. Así fué como el general Guerra vió en un momento que su derrota se convertia en una victoria espléndida. No hay, pues, justicia en atribuir toda la gloria de esa jornada al general Guerra, sin hacer mencion del ejército del Centro ni menos en oscurecer la parte eficazísima que tuvo en el combate el general García de la Cadena con las fuerzas del Estado.

Ocupado Zacatecas, los gefes juaristas Corella y Sanchez Ochoa, que iban en auxilio de la plaza, contramarcharon violentamente con sus fuerzas desmoralizadas. Entonces era oportuno avanzar sobre Guanajuato, cuya guardia nacional estaba indecisa sobre si abrazaria ó no la causa de la revolucion, por lo menos, así se comprendia por las negociaciones que entabló el gobernador con el general Guerra por medio de su comisionado el Lic. D. Alfonso L. Jones. La ocupacion de Guanajuato era un golpe decisivo, era nada menos que el triunfo de la revolucion, porque era un hecho que el general Antillon no ponía aun sus fuerzas á disposicion del gobierno, y era tambien un hecho que

habia entablado negociaciones con los gefes de la revolucion, de suerte que lo natural era, que avanzando nosotros, se pusiera de nuestra parte; pero aun en el caso que le faltara esa resolucion, nosotros podiamos llegar á tiempo, para apoderarnos de sus elementos de guerra, ó para destruirlos. Contaba para ésto el general Martinez con 3,000 hombres bien equipados. Dueños así de Guanajuato, el general Rocha habria tenido que retroceder antes de llegar á Querétaro: nosotros quedábamos apoderados de la situacion.

El Lic. Paz y yo, hicimos tenaces instancias para que se llevara á cabo este pensamiento con la prontitud que se necesitaba, y al fin logramos ser escuchados y atendidos.

El ejército del Centro, salió de Zacatecas á mis inmediatas órdenes con direccion á Guanajuato. El general Martinez iba á permanecer aun en aquella plaza arreglando la cuestion de recursos. Estos escaseaban ya, porque habia tenido que desprenderse de 15,000 pesos enviados al conerel Canales, gobernador de Tamaulipas, para hacer su movimiento en ese Estado. Esta cantidad fué enviada en dos partidas: una de \$ 5,000 de Matchuala con el coronel Soto enviado de Canales, y la otra de 10,000 pesos de Zacatecas por conducto de D. Miguel Martinez de Monterey.

La marcha, como llevo dicho, la hice con rumbo á Guanajuato, pero sorprendido, leí al llegar á la segunda jornada una orden del general Martinez, en que se me prevenia que cambiara de direccion hácia San Luis. Cuando en el Carro me inpusé de las causas que motivaban este cambio, no dejó de abatirme el desaliento.

Hé aquí lo que pasaba:

Había un comandante Pimentel, situado en Salinas del Peñon por el general Martínez, con objeto de vigilar los movimientos del enemigo. Este oficial que no se distinguía nunca, ni por su valor, ni por su sinceridad, fué el que trastornó todas las operaciones del ejército del Centro. El se echó sobre sí una responsabilidad inaudita, dando parte al general Martínez de que la plaza de S. Luis había sido abandonada por el general Corella. Desde ese momento, el general Martínez olvidó, los grandes intereses que abarcaba nuestro movimiento sobre Guanajuato, y ya no pensó mas que en apoderarse de San Luis. Esta plaza era para él, para Treviño y para Narvaez, como la manzana de la discordia. Era preciso no dejarse arrebatar esa prenda. Evacuada la plaza, Narvaez que no hacia otro cosa que estarse á la capa en el distrito de Rio Verde, se apoderaria de seguro de una presa fácil. Esto no podia consentirlo Martínez, porque no convenia á sus intereses particulares que Treviño ó alguno de los suyos se apoderara de San Luis.

Estos celos deplorables, estas ambiciones bastardas fueron la causa muchas veces de que se cometieran las mas grandes aberraciones, los errores mas crasos.

En vano el Lic. Paz y yo, nos afanamos en desvanecer estas sombras que oscurecian el porvenir de la revolncion, en vano nos esforzamos en demostrar que ocupado Guanajuato tenedriamos elementos para destruir de un solo golpe el gobierno de Juárez; en vano asegurábamos que nuestra presencia allí, decidiria á Antillon á darnos sus tropas; en vano fué todo; el ge-

neral Martínez no tenia delante de sus ojos mas que al fantasma siniestro de Treviño, ni podia pensar en otra cosa que en la ocupacion de San Luis Potosí.

Resultó lo que habiamos previsto: la noticia transmitida por el oficial Pimentel sobre desocupacion de la plaza, era absolutamente falsa: lejos de eso, se estaban haciendo en ella nuevos preparativos de defensa. Entonces tuvimos que detenernos á diez y ocho leguas de distancia, y allí permanecemos nueve dias esperando á que los generales Treviño y D. Guerra se movieran con sus respectivas fuerzas para acordar las operaciones militares que debian practicarse una vez que estuvieran reunidos en uno los tres cuerpos de ejército.

En estas circunstancias y cuando iba á surgir la dificultad de nombrar un general en jefe, apareció el Sr. Lic. D. Justo Benitez. Se decia que llegaba plenamente autorizado por el general Diaz para zanjar dificultades y dar organizacion al ejército; pero probablemente no exhibió credencial alguna, porque su estancia entre nosotros siguió enteramente desapercibida.

Desengañados de que el autor del manifiesto de la Noria no nos sacaba de dificultades, se convino en nombrar por nosotros mismos el que habia de mandarnos como general en jefe, y todos nos fijamos en el general Donato Guerra, pues aunque no nos eran del todo conocidas sus dotes militares, teniamos al menos la conciencia de que era el mas á propósito en esas circunstancias por hallarse ageno á las disenciones que dividian á Treviño y Martínez, porque estábamos seguros de que en todo caso seria mejor que aquel, y

porque lo encontrábamos animado de buena fé, de abnegacion y de patriotismo.

El nombramiento referido debía hacerse, como era natural, en junta de gefes: pero la modestia del general Guerra lo dispuso de otro modo, sin duda para eludir el bochorno de verse sobrepuesto á Treviño. Tambien la humildad excesiva suele dar funestos resultados.

De esta manera pasaron las cosas.

Los tres generales que mandaban en gefe sus respectivas fuerzas, se reunieron en Salinas del Peñon llevando sus secretarics. El general Guerra, invitó á éstos á pasar á una pieza, y allí les manifestó que ellos iban á hacer el nombramiento de general en gefe: que por lo que á él tocaba queria que mandara Treviño, que con ese fin lo habia llamado, y que por nada aceptaría él el nombramiento, estando allí Treviño que era el que entre los generales presentes tenia mas prestigio.

Ante esta peroracion, los secretarios juzgaron que el nombramiento estaba hecho de antemano por el general Guerra y tuvieron que inclinarse ante semejante consideracion.

Lo que allí habia pasado se difundió rápidamente por el campamento, produciendo un disgusto espantoso. Por una parte se veia que no eran los secretarios quienes mejor podian conocer las cualidades militares de los que mandaban, para resolver tan difícil cuestion; y por otra parte, se tenia la certidumbre que con Treviño por gefe, nos esperaba la inaccion, el hambre, la confusion y la derrota. Entonces hubo gefes que solicitaron su separacion de las filas, y que solo por las

circunstancias aceptaron la negativa que se les dió, pero en general, habia la mas grande repugnancia para militar á las órdenes de Treviño. Esto es, el ejército habia perdido con este paso la mitad de su moral.

Mientras nosotros nos ocupábamos de nombramientos y otras cosas por el estilo, el general Rocha sin pérdida de tiempo avanzaba y se apoderaba de los elementos de Guanajuato, combinando sus movimientos con las fuerzas de San Luis al mando de Corrella, y con las de Lagos al mando de Sanchez Ochoa.

Al tiempo que el ejército revolucionario ocupaba á Ojuelos, el general Rocha con sus principales fuerzas, con su artillería y trenes pesados, se situaba en San Felipe. Hasta ese momento todas las probabilidades de buen éxito estaban de parte de la revolucion, que contaba con mejores elementos y con un punto estratégico como base de sus operaciones.

Este punto era el mismo Ojuelos, que hasta para el general mas bizoño é inesperto, ofrecia las mejores ventajas.

El ejército tenia allí libres todos sus movimientos por llanuras y carreteras transitables en todos sentidos. Nosotros ocupábamos el extremo de un triángulo que se formaba con Rocha y Corella situados en S. Felipe y S. Luis, con la circunstancia de que la línea recta entre estos últimos, á mas de ser la mas larga, estaba embarazada por la cuesta de San Bartolo, que entorpecia naturalmente sus movimientos. Es decir, nosotros podiamos ir hácia cualquiera de ellos sin darles tiempo á que se protegieran, y es indudable que si lo hubiéramos hecho, decidiéndonos á batir á Rocha ó á Corella con todo nuestro ejér-

cito, como teníamos oportunidad de hacerlo, el triunfo hubiera sido tan seguro como fácil; pero se cometió la increíble torpeza de permitir que esas fuerzas se reunieran y se resolvió el mas absurdo de los absurdos: lanzar todo un ejército de 7000 hombres sobre el general Sanchez Ochoa que se encontraba en Lagos con 800 reclutas. Este, como era natural, se retiró á Leon, y Rocha aprovechándose de nuestro aturdimiento, mas que eso, de nuestra estupidez, nos tomó inmediatamente la retaguardia, admirado seguro de la facilidad con que se le abría el camino de la victoria.

Una retirada al frente del enemigo, y una retirada como la que hicimos nosotros, despreciando las mejores ventajas y ademas en completo desórden, desmoraliza á las tropas mejor disciplinadas, no ya á soldados nuevos como los nuestros, de suerte que nuestro movimiento se asemejaba á una derrota; los carros de municiones, de víveres y uno con dinero fueron abandonados al enemigo que se envalentonaba cada vez mas con nuestros despojos. Las marchas nocturnas y prolongadas, huyendo siempre de un enemigo que no tenia superioridad sobre nosotros, fatigaba horriblemente á la tropa é infundía el desaliento en la oficialidad. Pero á pesar del tenaz empeño que parecía emplearse en acabar de esa manera con nuestro ejército, se realizó el fenómeno de que no hubiera desercion en el atropello y desórden de las marchas, de que el brio y la moralidad se conservaran y de que fuera generalmente descaído un choque con el enemigo.

El general en gefe no quiso ó no supo tampoco sacar partido de estas circunstancias.

Pasamos por Aguscalientes siempre en pos, segun se decia, de un terreno á propósito para darse la batalla.

Al fin fuimos á detenernos en Zacatecas. Ya era tiempo: dos jornadas mas como las que habíamos hecho, hubieran acabado con el ejército sin necesidad de sostener un combate.

El que es muy escrupuloso para escoger, siempre acaba por elegir lo peor. Esto nos sucedió á nosotros, que abandonamos las llanuras donde podian maniobrar bien nuestros 3000 caballos, para ir á inutilizarlos en un terreno montañoso.

Si lo que hicimos antes abandonando á Ojuelos parecia ignorancia, lo que seguimos haciendo despues, era á los ojos de todos el colmo de las torpezas.

Todavía se dijo cuando llegamos á la villa de Guadalupe, que en este punto dariamos la batalla, teniendo la facilidad de apoyar nuestra espalda en la poblacion y nuestra línea de batalla en dos arroyos que como una línea natural de defensa, forman ángulo sobre el camino, línea difícil de ser flanqueada por estar apoyadas sus alas en montañas escarpadas. Sobre todo, teníamos allí un lugar espacioso para que maniobraran nuestras columnas de caballería; pero contra nuestras previsiones, nuestras esperanzas, y contra los peseos espresados por la misma tropa, se tomaron posiciones dentro de Zacatecas en los cerros de la Bufa y Bolsas.

Una vez establecida esa línea informe, en que no se veian brillar medidas de acierto, el general en gefe en nada pensó, ni siquiera en establecer un telégrafo de

señales entre uno y otro punto, ya que se necesitaba tanto tiempo para transmitir las órdenes por medio de ayudantes; ni pensó por último, en que se alimentara su tropa, pues cuando precisamente se había elegido la ciudad de Zacatecas como lugar de elementos, resultaba que no había rancho ni nada para los soldados.

Hé aquí por lo menos lo que sucedió con 3000 hombres que formaban la división del centro, ocupando á Bolsas á las órdenes del general Martínez: desde las tres de la mañana las faginas de los cuerpos se estuvieron relevando en los trabajos de zapa, levantando y reforzando parapetos, sin que se hubieran desayunado ni comido en todo el día. . . . cómo era posible que se quisiera así contar con soldados que soportaran las fatigas de una refriega?

Ignoro cuáles fueron las últimas disposiciones tomadas por el general en jefe para el ataque y defensa. Yo lo que pude advertir, porque estubo á la vista de todos, fué: que la línea era prolongada y por consiguiente débil, que en la Bufa no había reserva ó si la había estaba situada tan lejos, que no pudo concurrir en los momentos del combate; que la caballería estaba encumbrada en los cerros mas altos, á distancias enormes, lo que equivalía á ponerla deliberadamente fuera de combate, y por último, que la artillería estaba mal servida, que dos ó tres piezas estuvieron absolutamente sin parque durante el ataque, habiéndolo en los carros, que la pólvora era pésima, y que en los momentos mas solemnes, las piezas no hicieron fuego porque se nos llevaron cajones con balas pero sin cartucho:

todo esto nos hizo creer que una mano traidora nulificaba nuestros elementos.

Hay otra prueba mas de bulto respecto de esa sospecha que estaba ya algo generalizada. El general Rocha atacó sobre la marcha nuestras posiciones, sin hacer un reconocimiento de nuestra línea, empleando la mitad de la fuerza en columnas sobre la Bufa, y la otra con la artillería gruesa la formó en batalla frente á Bolsas á tiro útil de metralla. Esto no pudo ser obra sino de la torpeza ó de la malicia: de la torpeza, porque colocaba sin necesidad sus tropas donde podian ser diezmadas por nuestra artillería; de la malicia, sabiendo solo que nuestro parque no tenia alcance y que por consiguiente no podian ser barridos sus batallones por nuestra metralla. Lo segundo es fácil suponerlo; lo primero no cabe en un jefe experimentado como Rocha.

Tomada la Bufa tan rápida y sencillamente, que apenas puede concebirse, quedó destruido nuestro principal apoyo. No obstante, aun había elementos para recobrarlos, si no fuera porque el general en jefe se había puesto en fuga primero que nadie en el cerro que ocupaba y tres horas antes de que nuestra derecha emprendiese en buen orden su retirada.

Otro general en jefe que no fuera el Sr. Treviño, quizá hubiera hecho lo siguiente: antes que todo, dictar medidas para evitar la dispersion de los cuerpos que bajaban de la Bufa, y en seguida, ponerse al frente de los cuatro mil hombres que no habían entrado en combate, para sorprender al enemigo que estaba ya engolosinado con su triunfo efímero, ó dar un ataque rudo por nuestra derecha con la plena seguridad de destruirlo.

la mitad del ejército de Rocha, apoderándonos de todos sus materiales de guerra.

Pero desgraciadamente nuestro general en jefe careció de presencia de ánimo en los momentos mas comprometidos, y solo se acordó, cuando ya iba huyendo, de mandar una orden que no dejó de ser curiosa. La orden era para que clavando los cañones se retirase el general Martínez para Rincon de Romos. Es preciso advertir que este punto queda por el camino de Aguascalientes que habia llevado Rocha en pos de nosotros, de suerte que para cumplir con la orden descabellada de Treviño, se necesitaba nada menos que pasar por encima del ejército enemigo!.....

El general en jefe continuaba su precipitada fuga para el Fresnillo, arrastrando parte de nuestra caballería, que estaba á retaguardia, sin saber lo que pasaba en Zacatecas y sin acordarse de que el general Laing se quedaba todavía sin recibir orden alguna, cubriendo la extrema izquierda de nuestra línea. En efecto, este gefe que ignoraba cuanto habia pasado en la Bufa y que siguió oyendo nuestro fuego de cañon en Bolsas, permaneció en su puesto hasta el dia siguiente en que el fuego de los cañones enemigos lo obligó á retirarse.

Es notable tambien otro incidente. Durante el combate del dia anterior, el mismo general Laing que tenia á sus órdenes como 300 caballos, no de lo mejor, dió una carga sobre las columnas enemigas, y destruyendo una de ellas, la capturó prisionera y le quitó tres piezas de artillería, únicas que el enemigo habia subido y tenia en posiciones, sosteniendo con su fuego el avance de sus columnas. Ahora bien, si el general en jefe hu-

biera dispuesto en esos momentos que hubieran cargado 1500 ó 2000 caballos, ¿no habria sido inevitable la derrota del enemigo?

Es un trabajo ímprobo entrar en mas detalles sobre esa jornada, que merece el primer lugar entre los hechos de armas ignominiosos; solo me permitiré consignar en resumen: que el general en jefe no supo ni situar, ni mover, ni utilizar sus fuerzas; que huyó cuando todavía le quedaban 4000 hombres que no habian combatido; que como lo hizo dos ó tres horas antes de concluir la batalla, no supo el fin que tuvo su ejército; que no mandó reorganizar las fuerzas que se dispersaban, dando él pésimo ejemplo con su huida; que abandonó al general Laing á su propia suerte, exponiéndolo á ser capturado con la fuerza que mandaba y que no sabia lo que hacia cuando mandaba al general Martínez que clavara los cañones y se retirase para Rincon de Romos.

Este gefe por fortuna es valiente y sereno, de suerte que no le costó mucho trabajo hacer una retirada de Bolsas en el mejor orden, salvando toda la artillería y trenes de guerra.

El general Treviño habia llegado al Fresnillo con restos de las fuerzas que lo habian seguido voluntariamente, y desde allí escribia al general Borrego por conducto del general Palacios, diciéndole: ¡que toda absolutamente se habia perdido (tambien el honor debió haber agregado) y que el general Guerra habia sido muerto ó prisionero! Mas tarde que se recobró un tanto y que recibió algunos pormenores, escribió á Monterey, diciendo: "que se encontraba en posibilidad de dar segunda batalla al borracho de Rocha" ¡cuánta fatuidad

y jactancia despues de tantas torpezas y cobardía. Parece increíble todo esto en un hombre que tenia la reputacion del general Treviño; pero es la verdad, que no podrá ser desmentida por nadie. Para dar testimonio de ella, existen innumerables testigos á quienes consta cada una de las circunstancias que llevo referidas. Yo no tengo interés alguno en desfigurar los hechos.

Permanecía el general en jefe en el Fresnillo invadido de tal pánico, que el polvo de nuestras fuerzas fué bastante á llenarle de terror, haciéndole salir de allí violentamente en direccion de Sierra Hermosa, no obstante que los generales Guerra y Martinez le mandaron correos manifestándole que venian á retaguardia y suplicándole se detuviera para acordar lo que fuera mas conveniente.

Ese mismo dia, hablando yo con los generales Guerra y Martinez sobre el descalabro que por impericia habiamos sufrido, les decia; que si bien era lamentable hubieran muerto tantos mexicanos sacrificados inútilmente y que hubiéramos tenido las pérdidas consiguientes á una derrota, ésta habia sido casi necesaria, porque con ella teniamos una severa leccion y no se volverian á cometer ligerezas, como la que habia dado por resultado la eleccion de Treviño como general en jefe; que yo tenia el convencimiento de que éste habia sido y seguiria siendo funesto á la revolucion, por la falta de fé en los principios que defendia y por su completa incapacidad.

Ambos generales con quien me expresé de esta manera parecian conformes con mis opiniones.

Despues de este precedente, me llené de confusion

y sorpresa al ver los tratados que los tres gefes firmaron al reunirse en los Pozitos el dia siguiente. Conforme á un artículo de ellos, el general Treviño volveria á mandar en jefe cuando estuvieran reunidas por cualquier accidente las fuerzas de sus respectivas zonas. ¿No era esto volver á entregar la iglesia en manos de Lutero? ¿no era esto ver con desprecio la severa leccion que acabábamos de recibir? ¿no era esto una condescendencia punible? Para mí lo que exigian la disciplina, el honor militar y los intereses nacionales, era pedir cuenta al general en jefe de su conducta sometién-dolo á un proceso. Mientras que á los generales que pierden batallas no se les haga pasar por ese tamiz y se les aplique la pena que merezcan si resultan culpables, sobrarán audaces ignorantes, ambicios sin corazon que intrigan para ocupar esos puestos en los que, juegan albuces apostando sangre humana sin que en ello intervenga ni el saber, ni el valor, ni la humanidad. Nada pierden y si se hace como ellos dicen ganan mucho.

Los tres generales contratantes se dividieron el territorio mexicano y ensancharon la zona del general Treviño con los Estados de Durango y Zacatecas, donde ya éste habia nombrado por duplicado gobernadores y gefes militares.

Los generales D. Guerra y P. Martinez, estoy seguro de ello, tenian ya plena conviccion de que Treviño era incapaz para ejercer el mando; pero fueron tan complacientes en esa junta, porque la determinacion de zonas los ponía en quieta posesion de sus respectivos dominios. ¿No era esto subalternar el bien general

á intereses mezquinos? El juicio de la historia fallará sobre este punto.

Los convenios de los Pozitos forman un documento curioso por mas de un título: [véase el documento número 2.]

En seguida el general Donato Guerra marchó para Durango á rehacerse, el general Treviño para los Estados de la frontera del Norte, llevándose la artillería que habíamos salvado en Bolsas, y el general Martínez tomó con sus fuerzas el rumbo de Matehuala.

El Señor Lic. Paz que había acompañado al General Martínez sirviéndole eficazmente en todo, se había separado de su lado despues de lo de Zacatecas, segun se comprendía, ó porque estaban muy mal correspondidos sus trabajos, ó tambien, y es lo mas seguro, porque palpaba que ya no se atendían ni las mas oportunas y saludables indicaciones. El Lic. Paz dejó un hueco en el Ejército del Centro, que no se procuró llenar nunca, y como se confiaban los negocios á hombres ineptos é ignorantes, se siguió que ya no volvió á haber orden, ni moralidad, ni tino, desarrollándose entonces todos los deseos inmoderados, todas las aspiraciones absurdas y todos los instintos de pillaje.

Despues del descalabro sufrido en Zacatecas, le propuse al general Martínez un plan que vendria á enderezar la situacion en caso de ser coronado de buen éxito, como era muy probable. Este consistía en avanzar á marchas forzadas y atacar la plaza de San Luis, que estaba defendida por 800 soldados, con

nuestra division que contaba 2,000 hombres, auxiliada por las fuerzas de Narvaez en número de 1,500. Para decidir á Narvaez á entrar en la combinacion, se necesitaba hacerle ciertas concesiones: tales como nombrarlo [Gobernador y comandante militar del Estado, formando con él una liga franca y sincera; pero esto no convenia á las miras particulares del general Martínez, y se sobrepuso una vez mas la mezquindad á lo que aconsejaba la razon del momento.

Nuestra marcha á Matehuala fué penosísima, y de consiguiente llegaron allí nuestros soldados en un estado deplorable, por su fatiga, por su miseria y por su desmoralizacion.

Teniamos pocos dias de descanso, cuando el cuerpo de caballería, favorito de Martínez [Rifleros de Zaragoza], mandado por su hermano Andrés, hizo una sublevacion á la media noche, que aunque se logró sofocar desplegando bastante actividad, no se pudo impedir que se desbandaran mas de cuarenta hombres montados y armados. Este ejemplo aumentó la desmoralizacion en los demás cuerpos, que no podian ya conservarse sino á fuerza de desvelos y de vigilancia.

En momentos tan críticos, el general Martínez tuvo la ocurrencia de separarse de las fuerzas para ir á Galeana á reunirse con su familia. Al efecto me quedé con el mando, pero dejó obrando independientemente al general Ignacio Martínez con casi toda nuestra caballería, sin embargo de estar yo reconocido oficialmente como segundo en jefe del Ejér-

cito del Centro. Las instrucciones del general se redujeron á prevenirme que me retirara rumbo á la Sierra en caso de ser atacado, y que me pusiera de acuerdo con un tío suyo, que era el jefe político de Mathuala, para hacer efectivo en esa poblacion un préstamo de 28,000 pesos. El general Corella avanzaba entre tanto sobre nosotros con fuerzas respetables, y nos iba á faltar la unidad de mando para obrar con acierto.

Muy pronto se realizaron mis temores: á los pocos días de haberse separado el general Pedro Martínez de sus tropas, la caballería que habia dejado independiente del cuartel general, fué derrotada en Charcas, viniendo los dispersos á aumentar la demoralizacion de la fuerza que habia en Mathuala.

Entre tanto, la necesidad de recursos era urgente y los capitalistas se negaban con tenacidad á hacer el empréstito. Fué preciso reducirlos á prision y prestar el apoyo de la fuerza armada al comandante militar segun orden del General en jefe.

Era materialmente imposible reunir la cantidad asignada, principalmente teniendo que evacuar muy pronto la ciudad. Entonces llamé a mi alojamiento al jefe político y al Comisario, hermano del general Pedro Martínez, y despues que les hube manifestado la situación, convenimos en reducir el préstamo á 8,000 pesos, poniendo libres á los enotizados.

A la vez que esto pasaba en Mathuala, otro tío del general Martínez, con instrucciones directas de éste, pero con apoyo tambien de la fuerza, hizo efectivo en Catorce otro préstamo de 15,000 pesos.

De esta suma se entregaron al general Naranjo 5,000, el resto no supe en qué se emplearia. De los 8,000 pesos que se sacaron en Mathuala, cerca de 3,000 fueron distribuidos en socorrer á la fuerza, ignoro igualmente en que se gastaria el resto, porque tres días despues estando en la Hacienda de Soledad quise socorrer á los cuerpos, pero el señor Comisario me dijo que habia apenas 300 pesos en caja.

Se extrañará y con razon que todas estas cosas pasaran á mi vista sin que yo pusiera remedio, pero en realidad no podia hacerlo. El general en jefe no apoyaba mis órdenes, y despues de eso, siempre se encontraban de por medio personas de su familia á quienes era imposible castigar sin entrar en choque con él.

Citaré un ejemplo: el coronel Trinidad Santa Cruz, que en el ataque del Saltillo no obedeció por cobardía tres órdenes que le dí para cargar, que mas tarde en la Hacienda del Carro inspeccioné la caja de su cuerpo y salió quebrado, y que por último en Zacatecas estando su batallon formado y yo arrojándolo, cayó una granada, matando varios soldados y él se fué en mi presencia á esconder en una caballeriza: sin embargo de todo esto era sostenido por el general.

En lo sucesivo todo fué desórdenes y faltas de moralidad. Los ganados, las semillas y cuanto se encontraba en las Haciendas de San Luis Potosí era llevado á Galeana, Pabillon y otros ranchos, haciéndose un comercio ilícito con todo aquello, que redundaba seguramente en provecho particular de

alguno, puesto que la tropa se encontraba en tal miseria, que ni siquiera recibía un rancho suficiente para su manutención.

Por estos días el general Treviño que se encontraba en Monterrey, de vuelta de Zacatecas, publicó una proclama que causó sensación desagradable, y hasta alarma en los pueblos de la Frontera. Después de algunos conceptos ambiguos que no explicaban para nada la situación ni sus intenciones, terminaba diciendo que él combatía la reelección de D. Benito Juárez y de algunos diputados que tenían asiento en el Congreso general.

Un pensamiento tan mezquino no podía encontrar eco en ninguna persona sensata y todos vieron esto como uno de tantos desaciertos que cometen los hombres que caminan á la ventura y que no se consagran á una causa con lealtad. Si en lugar de eso hubiera dicho: combato toda reelección y sostengo neta la Constitución de 57, no le hubieran faltado prosélitos.

Formuló además un nuevo plan político en contraposición al manifiesto de la Noria que había causado el mayor descrédito, censurado por todos los partidos. El nuevo plan veía la luz pública después de la ocupación de Matamoros, cuya campaña iba á emprenderse. Entre tanto se invitaba á los generales Guerra y Martínez á secundarlo.

Ni una ni otra cosa tuvo lugar. Después de hacer público su movimiento hácia Matamoros, lo cual daba al gobierno tiempo para prepararse, sus operaciones fueron practicadas con tal lentitud, que los

defensores de aquella plaza recibieron con oportunidad los auxilios que pidieron. Solamente en Camargo se detuvo un mes que ocupó en convivialidad es de uno y otro lado del Rio Bravo.

El General en jefe siguió una marcha erizada de dificultades por la escasez de agua y de víveres: no obstante llegó donde se proponía; pero comprendiendo tal vez que era inútil todo ataque, contramarchó después de haber perdido un tiempo precioso, que pudo haber empleado en operaciones de importancia.

Su retirada fué desastrosa, y no porque el enemigo lo persiguiese ni le causara daño alguno, sino porque su tropa careció de los alimentos mas precisos, los caballos de tropa y mulas de tiro murieron de hambre cerca de la mitad, lo cual y la desmoralización de la fuerza equivalía á una derrota.

¿Qué iba á buscar el general Treviño á Matamoros? ¿qué gloria, qué prestigio ó qué ventajas resultaban con eso á la revolución? ¿Qué bienes conseguía al conquistar esa plaza aislada que iba á costarle la mitad de su gente? ¿iba á buscar un puerto para la internación de efectos? Plaza de consumo debió conquistar en el interior, que puertos siempre los tuvo en la orilla del Bravo desde Camargo hasta Piedras Negras.

De ese modo se ahogó al nacer ese aborto de su ambición ó del desconcierto en que se encontraba su caenza.

Con motivo de estos sucesos, el general Martínez me llamó á una conferencia muy reservada. En ella me pidió le hablara con franqueza, diciéndole terminantemente si me creía *lerdistista*, agregando que él por

su parte, lejos de estar de acuerdo con las ideas formuladas por Treviño en el plan que trataba de proclamar, estaba dispuesto á contrariarlo con todo su poder, consintiendo en hacerse juarista, antes que reconocer á Lerdo como presidente de la República. Yo procuré ocultarle mis ideas particulares respecto de ese punto, porque ya no reinaba entre nosotros buena armonía y era difícil que lográramos entendernos, limitándome á manifestarle que no estaba conforme con el plan de la Noria, que se alejaba notablemente del programa adoptado por el partido constitucionalista, y que en mi concepto debíamos ceñirnos á sostener lisa y llanamente nuestro Código fundamental y conquistar con las armas, ya que no se había podido hacer por otros medios, el principio de no reeleccion, pues consideraba que solo de este modo se llegaría á consolidar la paz cerrando así las puertas á toda ambición que mas tarde pudiera traer á la patria un nuevo conflicto. En todo caso, agregué, creo que ni el general Treviño, ni nosotros estamos autorizados por la nación ni por nadie para hacer un nuevo plan, porque habiendo reconocido al general Diaz como nuestro caudillo, él solamente, de acuerdo con los gefes revolucionarios, podría hacerlo siempre que fuera una exigencia nacional. Convenimos en adoptar como lema en la correspondencia oficial estas palabras: "Constitucion de 1857 y no reeleccion," con lo cual significábamos al público que esta era nuestra bandera revolucionaria.

A pesar de estos acuerdos, en que reinaba una armonía aparente, nuestra buena inteligencia se había perdido por completo, y no solo entre ambos, sino tambien

entre él y el general Hernandez Viviano, lo mismo que con otros honrados subalternos que no podian ver con indiferencia lo que estaba pasando. Ya no habia ni seguridad individual entre esa gente: el coronel del Río, acusado falsamente por un esbirro de Martínez, fué aprehendido de una manera alevosa, amarrado como un criminal y conducido á Linares para que yo le juzgase: el general queria fusilarlo; pero como del proceso que mandé formar resultara que todo era calumnia, el fiscal absolvió al expresado coronel, que en realidad no tenia mas delito que criticar los actos vandálicos del general Martínez y sus hermanos. A pesar del fallo del fiscal, del Río fué despojado de caballos, armas y cuanto tenia y desterrado violentamente para un punto ocupado por el enemigo.

El General en gefe que no buscaba ya hombres de buena fé, de sentido comun y de conciencia, sino instrumentos ciegos de sus maquinaciones, comenzó á ver que éramos una rémora á sus medidas y ya no pensó mas que en deshacerse de nosotros sin escándalo.

No tardó en encontrar un motivo plausible para alejarnos de su lado, como lo deseaba ardientemente.

El dia 6 de Mayo salí del Saltillo con 104 infantes á las órdenes del teniente coronel Casimiro Guzman, 50 dragones á las del coronel C. Cesareo Garza y dos piezas, artillería de montaña. En San Carlos se me incorporó el O. coronel Pedro G. Macías con 60 caballos. Esta fuerza con la denominacion de 1.ª Division del Ejército del Centro, llevando al coronel Juan B. Ceballos por mayor general, fué puesta á las órdenes del general García de la Cadena para expedicionar

tes en las comisiones mas delicadas, sobre todo cuando se trataba de recoger recursos. El hecho de tener á su hermano D. Francisco de comisario del ejército, debiendo confiar este encargo, por honor y por delicadeza, á persona estraña, inteligente y honrada, era visto entre nosotros como un escándalo. En vano me empeñé con el general en Matehuala cuando se organizaba el ejército, para que diera á su referido hermano el mando de la brigada de caballería: nada logré; no convenia esto á sus intereses particulares.

Doy fin á este repugnante cuadro en el cual causa indignacion ver como se extravió la buena fé y el buen sentido, hasta el punto de darse la investidura de jueces los que debian sentarse en el banquillo de los acusados.

La opinion pública fallará entre ellos y nosotros, hoy que he descornado el velo de esos asquerosos manejos.

He dicho verdades duras que no dudo me acarrearán enemigos poderosos comparados conmigo. Los espero tranquilo, siempre que vengan á mí frente á frente. Arrostro las consecuencias si de otro modo me hacen comprender su odio.

Por mi parte creo haber llenado mi deber hasta donde me ayudaron mis fuerzas. Me lancé á la revolucion buscando gloria, y el logro de aspiraciones nobles y legítimas que estaban fundadas en el sentimiento público: ya que nada de esto conseguí, quiero al menos que el círculo de la sociedad donde vivo y todos mis amigos, sepan que la atmósfera de corrupcion y de bajezas en que me encontré, jamas empañó mi honra.

Mexico, Enero 20 de 1873.

*Juan E. Guerra.*

DOCUMENTO NUM. 1.

En la Hacienda del Hepazote á los veintitres dias del mes de Enero del año de mil ochocientos setenta y dos; reunidos los gefes y oficiales que suscribimos, pertenecientes á la que se ha llamado hasta ahora 1.<sup>a</sup> Division del Ejército del Norte, y

Considerando: que nuestras fuerzas se encuentran espedicionando en los Estados céntricos de la República, sin recibir proteccion alguna del C. general en gefe del ejército del norte Gerónimo Treviño, teniendo por consiguiente que limitarse á sus propios elementos:

Considerando: que no resulta bien alguno á nuestras fuerzas con seguir las denominando 1.<sup>a</sup> Division del ejército del Norte, sujetas al C. general Gerónimo Treviño, toda vez que las ha dejado carecer de todos los elementos necesarios para emprender las operaciones de San Luis Potosí, hasta privándolas del apoyo de las fuerzas que manda el coronel Narvaez en este Estado, á quien ha dado órdenes terminantes de no sujetarse para nada al C. general Pedro Martinez gefe de la 1.<sup>a</sup> Division y de no concurrir con él á ninguna combinacion militar sobre el enemigo.

Considerando: que no solamente nos faltan todas las ventajas que pudiéramos esperar con la proteccion de un general en gefe, sino que es una rémora constante para todas nuestras operaciones, supuesto que hay necesidad de comunicarse con él á grandes distancias sobre cada uno de los movimientos, lo cual entorpece la marcha de la revolucion.

Considerando; que no son nuestros intereses privados los que debemos consultar, una vez que hemos abrazado la justa causa que defendemos con las armas en la mano, sino los intereses de la patria, á los que no podemos consagrarnos con toda decision mientras tengamos las trabas que hemos mencionado.

Considerando: que el C. general Gerónimo Treviño, extralimitando sus atribuciones, está haciendo nombramientos de Gobernadores en los Estados, con lo cual invade la Sobe-

ranía de los mismos é infringe la Constitución de la República, y que de seguir bajo sus órdenes tendríamos que estar protestando constantemente contra esos actos, ó apoyarlos con nuestras armas, poniendo á cada paso en contradicción nuestra conducta con los principios políticos que profesamos.

Considerando: que el C. general Pedro Martínez ha sido competentemente autorizado por el C. general Porfirio Díaz en jefe del ejército de la República para dar impulso á la revolución organizando fuerzas del país con independencia de cualesquiera otras y que esta organización debe continuarse en el centro de la Nación que es donde nos encontramos espedicionando.

Considerando: que si hemos concurrido al principio á la formación del ejército del Norte ha sido para que hubiera unidad de acción en las operaciones militares, causas que han cesado despues de la ocupacion del Saltillo.

Considerando por último: que están ocurriendo muchos gefes y oficiales en solicitud de autorizaciones para propagar el movimiento revolucionario en el interior, el cual se paralizaria con perjuicio del bien nacional, si no proporcionáramos un centro de union á los Estados céntricos de la República.

Damos nuestra entera aprobacion á las siguientes proposiciones como salvadoras de nuestra situacion en estas circunstancias y de los caros intereses que nosotros representamos como soldados de la República.

Primera.—Las fuerzas que al mando del C. general Pedro Martínez han llevado hasta ahora el nombre de 1.<sup>a</sup> Division del ejército del Norte se denominarán para lo sucesivo ejército del Centro.

Segunda.—Se reconoce como general en jefe de este ejército al C. general Pedro Martínez, quien se entenderá con los otros gefes de cuerpos de ejército con arreglo á las leyes militares, quedando sujeto solamente al C. general Porfirio Díaz en jefe del ejército de la República.

Tercera.—Una comision de gefes y oficiales pondra esta acta en sus manos, conjurandole en nombre de la patria en

pliego y en bien de estas fuerzas á que haga suya y apruebe esta nuestra solemne y firme determinacion.

Cuarta.—Suplíquesele así mismo que en vista de la última contestacion que ha dado el coronel Narvaez á las instancias que se le han hecho para que concurra á batir al enemigo que se encuentra en el Estado de San Luis Potosí, diciendo que no puede verificarlo por tenérselo prohibido el C. general Treviño, hagamos, sin esperar órden de este un movimiento en combinacion con el C. general Donato Guerra, en jefe del ejército de Occidente, para batir con éxito a las fuerzas juaristas que ocupan la plaza de Zacatecas; ordenando ya sus disposiciones como general en jefe del ejército del Centro, con cuyo carácter lo proclamamos y reconocemos desde este momento.

Quinta.—Una vez aprobada esta acta por el C. general Pedro Martínez, se mandará copia de ella á los Ciudadanos generales Porfirio Díaz, Gerónimo Treviño y Donato Guerra, para su conocimiento y demas fines.

Y para constancia lo firmamos en el punto y fecha citados.—Juan E. Guerra.—Bibiano Hernandez.—I. Martínez. I. Paz.—Jesus G. Portugal.—Siguen las firmas.

#### DOCUMENTO NUM. 2.

En el Rancho de los Pozitos, reunidos los generales que suscribimos con el objeto de acordar el mejor arreglo posible para el buen éxito de la campaña, hemos convenido en lo siguiente:

1.<sup>o</sup> Se formará un nuevo cuerpo de ejército denominado del Centro al mando del C. general Pedro Martínez, quedando comprendidos en la zona de su mando los Estados de S. Luis Potosí, Guanajuato, Querétaro, Michoacan y Aguascalientes.

2.<sup>o</sup> El C. general Donato Guerra seguirá mandando el cuerpo de ejército de Occidente estando comprendidos en la zona de su mando los Estados de Jalisco, Sonora, Sinaloa, Colima y territorio de la Baja California.

3.<sup>o</sup> El C. general Gerónimo Treviño seguirá mandando

ranía de los mismos é infringe la Constitución de la República, y que de seguir bajo sus órdenes tendríamos que estar protestando constantemente contra esos actos, ó apoyarlos con nuestras armas, poniendo á cada paso en contradicción nuestra conducta con los principios políticos que profesamos.

Considerando: que el C. general Pedro Martínez ha sido competentemente autorizado por el C. general Porfirio Díaz en jefe del ejército de la República para dar impulso á la revolución organizando fuerzas del país con independencia de cualesquiera otras y que esta organización debe continuarse en el centro de la Nación que es donde nos encontramos espedicionando.

Considerando: que si hemos concurrido al principio á la formación del ejército del Norte ha sido para que hubiera unidad de acción en las operaciones militares, causas que han cesado despues de la ocupacion del Saltillo.

Considerando por último: que están ocurriendo muchos gefes y oficiales en solicitud de autorizaciones para propagar el movimiento revolucionario en el interior, el cual se paralizaria con perjuicio del bien nacional, si no proporcionáramos un centro de union á los Estados céntricos de la República.

Damos nuestra entera aprobacion á las siguientes proposiciones como salvadoras de nuestra situacion en estas circunstancias y de los caros intereses que nosotros representamos como soldados de la República.

Primera.—Las fuerzas que al mando del C. general Pedro Martínez han llevado hasta ahora el nombre de 1.<sup>a</sup> Division del ejército del Norte se denominarán para lo sucesivo ejército del Centro.

Segunda.—Se reconoce como general en jefe de este ejército al C. general Pedro Martínez, quien se entenderá con los otros gefes de cuerpos de ejército con arreglo á las leyes militares, quedando sujeto solamente al C. general Porfirio Díaz en jefe del ejército de la República.

Tercera.—Una comision de gefes y oficiales pondra esta acta en sus manos, conjurandole en nombre de la patria en

pliego y en bien de estas fuerzas á que haga suya y apruebe esta nuestra solemne y firme determinacion.

Cuarta.—Suplíquesele así mismo que en vista de la última contestacion que ha dado el coronel Narvaez á las instancias que se le han hecho para que concurra á batir al enemigo que se encuentra en el Estado de San Luis Potosí, diciendo que no puede verificarlo por tenérselo prohibido el C. general Treviño, hagamos, sin esperar órden de este un movimiento en combinacion con el C. general Donato Guerra, en jefe del ejército de Occidente, para batir con éxito a las fuerzas juaristas que ocupan la plaza de Zacatecas; ordenando ya sus disposiciones como general en jefe del ejército del Centro, con cuyo carácter lo proclamamos y reconocemos desde este momento.

Quinta.—Una vez aprobada esta acta por el C. general Pedro Martínez, se mandará copia de ella á los Ciudadanos generales Porfirio Díaz, Gerónimo Treviño y Donato Guerra, para su conocimiento y demas fines.

Y para constancia lo firmamos en el punto y fecha citados.—Juan E. Guerra.—Bibiano Hernandez.—I. Martínez. I. Paz.—Jesus G. Portugal.—Siguen las firmas.

#### DOCUMENTO NUM. 2.

En el Rancho de los Pozitos, reunidos los generales que suscribimos con el objeto de acordar el mejor arreglo posible para el buen éxito de la campaña, hemos convenido en lo siguiente:

1.<sup>o</sup> Se formará un nuevo cuerpo de ejército denominado del Centro al mando del C. general Pedro Martínez, quedando comprendidos en la zona de su mando los Estados de S. Luis Potosí, Guanajuato, Querétaro, Michoacan y Aguascalientes.

2.<sup>o</sup> El C. general Donato Guerra seguirá mandando el cuerpo de ejército de Occidente estando comprendidos en la zona de su mando los Estados de Jalisco, Sonora, Sinaloa, Colima y territorio de la Baja California.

3.<sup>o</sup> El C. general Gerónimo Treviño seguirá mandando

el cuerpo de ejército del Norte, estando comprendidos en la zona de su mando, los Estados de Zacatecas, Durango, Chihuahua, Nuevo Leon, Coahuila, y Tamaulipas.

4º Todos estos cuerpos de ejército que reunidos se denominarán ejército de operaciones, están á las órdenes del general Gerónimo Treviño para las operaciones militares que tengan que practicarse cuando haya necesidad de que estén unidos, entendiéndose en la economía de ellos sus respectivos generales en jefe.

5º Cuando cualquiera de los cuerpos de ejército tocara alguno de los Estados que no están comprendidos en su zona, las autoridades subalternas les proporcionarán los elementos que necesitare para su organizacion y mantenimiento obsequiando las órdenes que el respectivo general en jefe de dicho cuerpo de ejército dictare sobre este asunto.

6º Se dará cuenta de este convenio al C. general Porfirio Diaz en jefe del ejército constitucional de la República para los efectos consiguientes.

Constitucion de 57 etc.—Rancho de los Pozitos (Estado de Zacatecas) Marzo 4 de 1872.—G. Treviño.—P. Martinez.—Donato Guerra.—Es copia.

### DOCUMENTO NUM. 3.

En la Villa de San Miguel del Mezquital, á los veintiocho dias del mes de Mayo de mil ochocientos setenta y dos, reunidos los gefes de los cuerpos de la columna de operaciones del Ejército del Centro, por invitacion de su general en jefe C. Juan E. Guerra, para deliberar sobre la gravedad de la situacion y de la marcha que debe seguir la columna á fin de alcanzar el mejor éxito en favor de la causa que sostenemos, y siendo informados por el mismo general en jefe, de que el C. general Donato Guerra ha escrito al C. general Trinidad Garcia de la Cadena, invitándolo para que con todas las fuerzas que forman las Divisiones Unidas marche sobre Durango para atacar en combinacion y con seguridad de buen éxito aquella plaza, y que el general Cadena ha contestado al general Donato Guerra negativamente, y

Considerando: que las operaciones sobre la plaza de Durango van á resolver en estos momentos el porvenir de la revolucion, supuesto que destruida la fuerza juarista que allí existe, el plan del enemigo será completamente contrariado, y nuestras tropas crecerán en número, elementos y moral y que despejarán un terreno amplio para todas las fuerzas constitucionales, y que de lo contrario nuestros adversarios tendrán expedito el flanco mas importante para mover sus fuerzas en combinacion con las de San Luis y Matamoros para emprender sobre los ejércitos del Norte y Centro.

Considerando: que de no concurrir á las operaciones sobre Durango seria manchar el buen nombre y la honra de la columna á que pertenecemos, supuesto que tanto el peligro como el bien nacional nos llaman á aquel punto.

Considerando: que el marchar sobre el interior del Estado de Zacatecas en estos momentos tan solemnes y preciosos en que se va á resolver en el hecho futuro de armas el porvenir de la nacion, seria comprometer tanto nuestro honor como la existencia de nuestra columna, con grave perjuicio de la causa que sostenemos, supuesto que en una derrota á las fuerzas del C. general Donato Guerra, nosotros quedariamos completamente aislados y sin proteccion de ninguna especie; en bien de la causa que defendemos y por el honor de las armas del Ejército Constitucional, hemos acordado lo siguiente:

1º Facultamos á nuestro general en jefe C. Juan E. Guerra, para que en representacion de toda la columna del Ejército del Centro, se acerque al C. general Trinidad Garcia de la Cadena, manifestándole que no estamos de acuerdo en seguir para el interior del Estado de Zacatecas, y que por nuestro honor y deber militar, es nuestra voluntad concurrir á las operaciones sobre la plaza de Durango.

2º Facultamos igualmente á nuestro general en jefe para que independientemente, desde esta fecha y para todos los casos que ocurran en lo sucesivo, dirija las operaciones de la columna donde quiera que sea necesario.

Transitorio:—Dése cuenta de esta determinacion á los CC.

el cuerpo de ejército del Norte, estando comprendidos en la zona de su mando, los Estados de Zacatecas, Durango, Chihuahua, Nuevo Leon, Coahuila, y Tamaulipas.

4º Todos estos cuerpos de ejército que reunidos se denominarán ejército de operaciones, están á las órdenes del general Gerónimo Treviño para las operaciones militares que tengan que practicarse cuando haya necesidad de que estén unidos, entendiéndose en la economía de ellos sus respectivos generales en jefe.

5º Cuando cualquiera de los cuerpos de ejército tocara alguno de los Estados que no están comprendidos en su zona, las autoridades subalternas les proporcionarán los elementos que necesitaren para su organizacion y mantenimiento obsequiando las órdenes que el respectivo general en jefe de dicho cuerpo de ejército dictare sobre este asunto.

6º Se dará cuenta de este convenio al C. general Porfirio Diaz en jefe del ejército constitucional de la República para los efectos consiguientes.

Constitucion de 57 etc.—Rancho de los Pozitos (Estado de Zacatecas) Marzo 4 de 1872.—G. Treviño.—P. Martinez.—Donato Guerra.—Es copia.

### DOCUMENTO NUM. 3.

En la Villa de San Miguel del Mezquital, á los veintiocho dias del mes de Mayo de mil ochocientos setenta y dos, reunidos los gefes de los cuerpos de la columna de operaciones del Ejército del Centro, por invitacion de su general en jefe C. Juan E. Guerra, para deliberar sobre la gravedad de la situacion y de la marcha que debe seguir la columna á fin de alcanzar el mejor éxito en favor de la causa que sostenemos, y siendo informados por el mismo general en jefe, de que el C. general Donato Guerra ha escrito al C. general Trinidad Garcia de la Cadena, invitándolo para que con todas las fuerzas que forman las Divisiones Unidas marche sobre Durango para atacar en combinacion y con seguridad de buen éxito aquella plaza, y que el general Cadena ha contestado al general Donato Guerra negativamente, y

Considerando: que las operaciones sobre la plaza de Durango van á resolver en estos momentos el porvenir de la revolucion, supuesto que destruida la fuerza juarista que allí existe, el plan del enemigo será completamente contrariado, y nuestras tropas crecerán en número, elementos y moral y que despejarán un terreno amplio para todas las fuerzas constitucionales, y que de lo contrario nuestros adversarios tendrán expedito el flanco mas importante para mover sus fuerzas en combinacion con las de San Luis y Matamoros para emprender sobre los ejércitos del Norte y Centro.

Considerando: que de no concurrir á las operaciones sobre Durango seria manchar el buen nombre y la honra de la columna á que pertenecemos, supuesto que tanto el peligro como el bien nacional nos llaman á aquel punto.

Considerando: que el marchar sobre el interior del Estado de Zacatecas en estos momentos tan solemnes y preciosos en que se va á resolver en el hecho futuro de armas el porvenir de la nacion, seria comprometer tanto nuestro honor como la existencia de nuestra columna, con grave perjuicio de la causa que sostenemos, supuesto que en una derrota á las fuerzas del C. general Donato Guerra, nosotros quedariamos completamente aislados y sin proteccion de ninguna especie; en bien de la causa que defendemos y por el honor de las armas del Ejército Constitucional, hemos acordado lo siguiente:

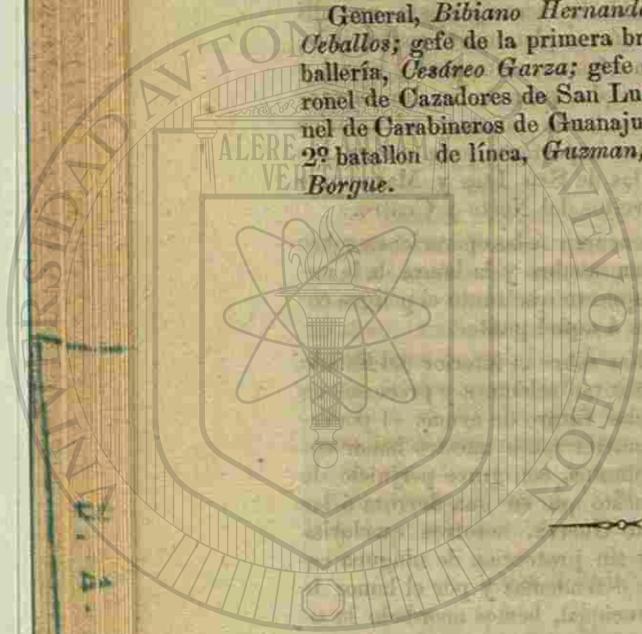
1º Facultamos á nuestro general en jefe C. Juan E. Guerra, para que en representacion de toda la columna del Ejército del Centro, se acerque al C. general Trinidad Garcia de la Cadena, manifestándole que no estamos de acuerdo en seguir para el interior del Estado de Zacatecas, y que por nuestro honor y deber militar, es nuestra voluntad concurrir á las operaciones sobre la plaza de Durango.

2º Facultamos igualmente á nuestro general en jefe para que independientemente, desde esta fecha y para todos los casos que ocurran en lo sucesivo, dirija las operaciones de la columna donde quiera que sea necesario.

Transitorio:—Dése cuenta de esta determinacion á los CC.

generales Pedro Martínez, Donato Guerra, y Trinidad García de la Cadena.

General, *Bibiano Hernández*; mayor general, *Juan B. Ceballos*; jefe de la primera brigada y coronel del 2 de caballería, *Cesáreo Garza*; jefe de la segunda brigada y coronel de Cazadores de San Luis, *Pedro G. Macías*; coronel de Carabineros de Guanajuato, *D. Plasencia*; jefe del 2º batallón de línea, *Guzmán*; jefe de la artillería, *Felipe Borque*.

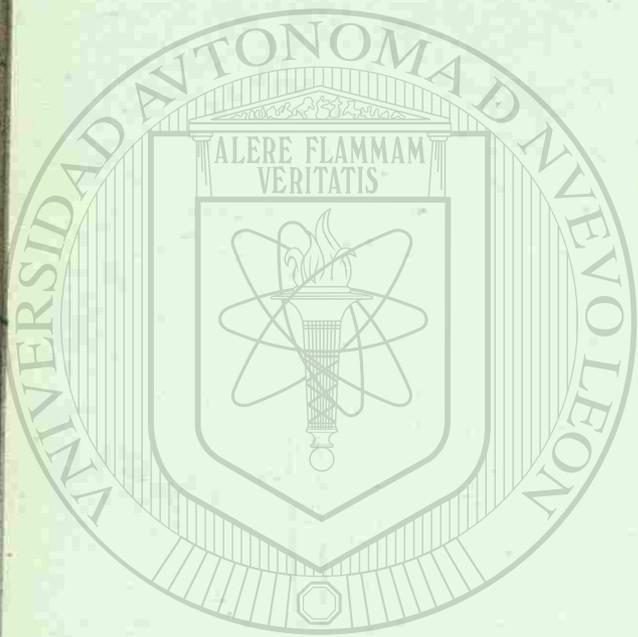


# U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA  
COMISIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

F11  
+5  
68